

«LOS RITOS Y LA SANGRE», poemas de *Armando Parot*

En estos tiempos en que las voces líricas tratan de cantar con acento nuevo y original, sin conseguirlo en la mayoría de las veces, estos poemas de Armando Parot, nos traen un mensaje personalísimo. Su canto se estremece de melodías interiores, suaves resonancias, latidos musicales que buscan entre la naturaleza y el ser humano la fórmula sensible, para expresar su emoción. La poesía, don divino, que exalta las manifestaciones de la belleza, se ha desbordado en estos últimos tiempos agitada por un vendaval de anhelos torturados, en los cuales se advierte la angustia de buscar la manera de expresarse en nuevos signos que la arranquen de sus fuentes clásicas. Mas, para alcanzar estas cimas, hay que tener un talento superior, acaso se necesite el genio que no se prodiga con frecuencia. La empresa es ardua y en este empeño atormentado, nos damos cuenta de que son muchos, por no decir casi todos, los que se quedan en el intento. Y entonces la poesía pierde su condición esencial, como es la de tocarnos el corazón con su belleza, o sea, el arte transmutado en emoción.

Entendemos que la poesía es un fluir de sentimientos que deben surgir con esa rica espontaneidad que produce la auténtica inspiración. Ese deleitoso trance de sentir que, en lo recóndito, hay una vibración, un sueño, un encantamiento que exorna la realidad con el ropaje de la fantasía. Nos parece que así como lo feo, visualmente chocante en la pintura, la poesía no admite las expresiones groseras, y debe transparentar esa grata cadencia, ese estado de gracia, esa

iluminación interna que se convierte en armonía en la voz de un poeta.

En estos versos de Armando Parot, debemos reconocer un sello de auténtica y emotiva belleza. En sus poemas hay una huella de fervor, de inspiración transparente, distante del artificio puramente cerebral. Se advierte el pulso trémulo del poeta y una juventud gozosa para aprehender en todo su ámbito los destellos vibrantes de un momento de estremecida inquietud. El paisaje se endulza en su voz lírica y sabe recoger la emoción de todas las manifestaciones de la naturaleza. El lenguaje del viento en la tierra nemorosa, el rebullir gracioso de las aguas, los matices de la luz, la fantasía de los pájaros en su vuelo y en su canto; la poesía del silencio y la tristeza de un cielo brumoso que nos trasciende de nostalgia. Y todo esto sabe mezclarlo sin esfuerzo, sin tortura, con el amor humano, con la belleza de una mujer, con la desgarrada sensación de la ausencia y el perfume evanescente del olvido. Riqueza emocional entregada en una vena profunda de matices apasionados, que luego se suavizan en serena plenitud de ensueño.

Al calor de tu ausencia se deshace la noche
como un sueño en el fondo del dolor que me has dado.
Apenas se oye el ruido de las cosas. Apenas
un espacio del cielo que han quebrado tus manos.
Soy ahora una sombra que contiene tu sombra.
Tú no estás pero queda lo que tu alma ha llenado
Vida que se formó tan sólo con tus ojos,
con el círculo estrecho de tu piel y tus brazos.

Es el dolor humano diluído en la sensación de la naturaleza. Una delicada nota de suave dolor se afina

y se hace penetrante, como en una lejana evocación en que el paisaje está nublado de ausencia. Armando Parot es muy joven y andará muy lejos. Y sabrá evadirse de todo influjo que perturbe su original acento de poeta.—LUIS DURAND.



«COIRÓN», novela de *Daniel Belmar*. Ed. Zig-Zag, Santiago

Con un prólogo de Mariano Latorre, bastante elogioso para el autor, Daniel Belmar publica su tercera novela. Antes fué «Roble huacho», relato aldeano ubicado en el sur chileno, y luego «Oleaje», una bella novela corta, cuyo escenario—una ciudad sureña—permite al novelista mostrar, ya con mayor seguridad, su viva capacidad creadora. Belmar es un artista esforzado que desde el punto inicial de su carrera literaria no ha dado reposo a su pluma, logrando conquistar de este modo un sitio de singular relieve en las letras nacionales, que viene a reafirmarse con esta obra, en la cual ya lo vemos en pleno dominio de sus facultades para animar personajes y escenarios.

El prologuista, experto catador, señala en esta obra algunos de sus méritos literarios y ellos bastan sobradamente para que el lector entre sin temor en su lectura. Pero hay en Belmar, algo que no se ha dicho, y, que a nuestro juicio, es su humanidad, su amor por los acontecimientos mínimos que van encadenando una serie de hechos que convergen a darle a su libro todo el encanto de esas novelas por las cuales pasa una auténtica corriente de poderosa vida. Así persiste después de su lectura, la emoción profunda